

Irene Fernández Alonso

Colegio Inmaculada Concepción Abetxuko (Vitoria)

PAÍS VASCO



Estoy harto de la vida en la ciudad: los coches pitando, el humo en las calles, la gente apurada y la contaminación en el aire. Aquí solo se respira estrés y soledad. Llevo quince años trabajando en una fábrica de coches y ya no aguanto más; necesito respirar, recordar qué es la palabra “felicidad” y sentirme libre.

Son las cinco de la mañana y suena el despertador. Un día más entre cuatro paredes llenas de agobio y desesperación. Me levanto y voy a desayunar, me visto y salgo cabizbajo del piso. Cojo el autobús de las seis y me dispongo a llegar a tiempo al trabajo. Cuando llego, paso la tarjeta y el señor de recepción me saluda con una sonrisa, pero sus ojos no demuestran lo mismo. Entonces empiezo a trabajar en la sección de pintado de coches.

De repente veo una mujer, una mujer diferente; parece un ángel caído del cielo. Está detrás de la máquina mirándome fijamente con unos ojos verdes vidriosos. Yo, como un marinero encantado por una sirena, me levanto de mi puesto y me dirijo hacia ella.

-Hola, ¿puedo ayudarte?, le pregunto casi sin poder oírme a mí mismo.

- Sí, estaba buscando el concesionario, por favor.

- Lo siento, pero está al otro lado de la ciudad. Esto es la fábrica.

- ¡ Vaya por Dios! Pero qué despistada que soy. ¿Podrías acompañarme después de trabajar?

Su sonrisa era perfecta y su aroma a jazmín me recordaba a la primavera y a esos añorables paseos por el parque al atardecer.

- Por supuesto. ¿Me puedes esperar a las dos en recepción?

- Perfecto, allí estaré.

Ya había pasado mi turno y cuanto antes me despedí de todos y salí corriendo. Lo único que quería era volver a ver a esa chica. Quería que me recordara qué es la libertad y quería pasar todo el tiempo de mi vida con ella.

A la hora prevista la muchacha estaba ahí sentada en una butaca de recepción. Llevaba un vestido blanco y ligero como una pluma, el pelo recogido como una diosa griega y desde la puerta olía su aroma.

- ¿En marcha?, me dijo alegre.

- Vamos.

No había sonreído tanto jamás. Ya llevábamos cuatro semanas juntos y mi vida se había convertido en un paraíso. Lo extraño es que cada vez que paseábamos juntos por el parque

o nos reíamos de algún chiste, la gente nos miraba raro. Aunque yo solo me decía a mí mismo: “nos tienen envidia”.

Como todos los días, después de trabajar, fuimos al parque. Hoy no había nadie. Mejor, menos incómodo. Estábamos sentados en el césped que siempre recorría con las manos y lo olía como si no hubiera salido de casa en años. Era mi sensación de felicidad. El olor a hierba recién cortada, la sensación fresca entre mis dedos y con la mujer de mi vida al lado. Pero había algo que me relajaba aún más, algo que me había enseñado ella, algo que nadie más lo podía saber.

Como siempre nos pusimos debajo de un árbol apartado y ella sacó un cuchillo. Lo llamábamos la navaja del amor. Entonces se cortaba ella y luego me lo pasaba a mí y yo también me hacía líneas profundas en el antebrazo. Pero ese día no iba a ser como los demás porque me dijo, mientras me cogía la mano y me la pasaba por encima del césped:

- Esto es lo único que recordarás.

Me cogió el cuchillo y empezó a hacerme cortes mucho más profundos. Era un dolor de felicidad para nosotros.

De repente, Carlos, mi hermano, nos descubrió. No me acordaba que él paseaba por aquí todas las tardes. Me había olvidado de todo completamente, como si solo existiéramos Carla y yo en un mundo paralelo.

-¡Pero qué haces Rubén!

Empezó a llorar mientras intentaba quitarle la navaja a Carla. Yo le pegué un puñetazo y le grité:

-¿Qué haces tú Carlos? Déjanos en paz, vivimos felices así. He descubierto la felicidad.

Él se quedó de piedra y me respondió:

-¿Vivimos? ¿Tú y quién más Rubén? Solo estás tú...

Parece que me había descubierto algo pero yo seguía viendo claramente a Carla.

-¿Pero no la ves? Es mi alma gemela, mi diosa, mi amor.

-Rubén no hay nadie más. Solo estamos tú y yo. Tienes un problema, contestó muy despacio mientras le recorría la última lágrima por la mejilla.

De repente empecé a verla más borrosa, apreciaba su sonrisa diabólica y me di cuenta de quien tenía el cuchillo era yo, de que la gente me miraba raro porque solo estaba yo, de que todo este tiempo me había vuelto un trastornado.

Ya han pasado tres años y esto genial. He empezado una nueva vida y ya sé qué es la verdadera felicidad. ¿Tú sabes lo que es?